## CAPITULO II

De las discretas razones que mediaron entre don Quijote y las dos improvisadas Princesas, y de cómo hubo de convencerlas para que le dejasen de escudero á Juan Panza.

Loado sea Dios, dijo D. Quijote, que puedo, señoras mías, contemplar vuestra fermosura, apenas salido del encantamiento que há tres siglos me tenía embargado. Porque han de saber Vuestras Altezas que, por maleficio de un sabio encantador, que me ha guardado siempre ojeriza, estuve metido en sucio ataud y en bóveda húmeda v mal oliente, todo ese largo tiempo, y me han creido muerto, esparciendo la voz de que una calenturilla de poco más ó menos había acabado conmigo, cuando no pudieron arrancarme la vida los más descomunales gigantes. La divina misericordia, que siempre acorre al cuitado, y cierto bálsamo propio para curar á caballeros andantes, aunque les tajen la cabeza ó les corten en rabanadas, con tal de que se ayunten cuidadosamente sus porciones, hánme dado nuevo vigor, libertándome de aquel maleficio, y aquí estoy otra vez dispuesto á renovar y á sobrepujar mis hazañas, en pró de los menesterosos, de los agraviados y de los dé-

Mucho agradecemos á Dios, dijo la mujer de Panza, que haya conservado la vida á tan noble caballero; pero he de decirle que no somos Princesas yo y mi hija, sino humildes servidoras

Así es la verdad, añadió el descendiente de Sancho: porque ésta es mi mujer, prima mía en cuarto grado, con la que me casé por dispensa, y se llama Panza Alegre, y ésta es mi hija, habida de mi legítimo matrimonio, á la que llamamos Pancica.

Pues Panza Alegre y Pancica, á quienes dije Princesas, han de serlo con sólo haberlas yo llamado así, interrumpió D. Quijote; que cuando un caballero asienta una cosa eso ha de ser, y, si no es, obligado queda á que sea por el esfuerzo de su brazo, para no resultar mentiroso. Así que mi primer cuidado, al salir otra vez al mundo de las aventuras y de las fazañas, será proporcionarte un reino ó imperio á tí, Panza amigo, para que, siendo tú rey ó emperador, se cumpla mi palabra, y sean Reina tu mujer y Princesa tu hija, que por lo que veo es hermosa sobre toda ponderación.

Admiróse Panza Alegre de aquella rotunda y halagadora promesa; miró á su marido como inquiriendo quién podía ser aquel caballero, que se obligaba á tanto; ruborizose Pancica del piropo, bajando los ojos y clavándolos en el delantal de rayas azules que tenía puesto, y Don Quijote se atusó el bigote, que le asomaba por la celada, por donde su efigie aparecía rodeada

de un marco de hierro enmohecido.

Para que Usía no se comprometa á cosa imposible, exclamó Panza, he de decirle que en los tres siglos pasados en su encantamiento y por lo que yo sé, todos los reinos é imperios de la tierra están distribuídos y asegurados á los reyes y emperadores que los han; de modo tal que ni la punta de un alfiler puede echarse en

península, insula, ni tierra firme.

Con ganarle uno á cualquiera de esos reves y emperadores que los acaparan, negocio concluído, replicó D. Quijote; pues no ha de suponerse que vaya á consistir mi esfuerzo en ir husmeando una ínsula ó tierra desierta y sin valor, para hacerte de ella donación; sino en averiguar cuál sea la más grande, rica y próspera, para ganársela á su Emperador ó Rey, venciéndole con todo su ejército, y haciéndola mía por derecho de conquista. Dime tú cuál sea el imperio mejor y más fuerte, y á él me encaminaré en derechura, para cumplir mi palabra.

taba muy en su juicio el caballero y que debieron ser verdad todas las locuras que en su libro se leían; pero, como nada iba perdiendo en contestarle, y no sabía por dónde podría cumplirse la tradición de los Panzas, de que sirviendo á D. Quijote fielmente él les haría ricos y pode-

rosos, le respondió:

Reinos, mi Señor y dueño, hay muchos y muy prósperos, quitando á España. Italia, por ejemplo, é Inglaterra: la primera con muchos soldados, y la segunda con numerosos y grandes navíos. Imperios tenemos á Alemania, que dispone de buenos ejércitos, y á Rusia, que cuenta por millones los hombres de armas; pero además hay Repúblicas poderosas como Francia y los Estados Unidos, que lo reunen todo.

Elige, pues, dijo D. Quijote, que eso ha de ser á tu gusto; y no te amilane la grandeza y poderío de la nación ó insula en que pongas el pensamiento; que cuanto más fuerte y grande sea, mayor será mi victoria y más cumplida mi oferta.

Señor, contestó Panza, con el valle de Andorra me contentaba yo; que es una República de poco más de media legua de larga por unas cuantas varas de ancha, donde dicen que reina un Obispo. Eso será mejor para Usía, que podrá vencerle v conquistarla enseguida, v para mí que no tendré los grandes desvelos de un gran reino.

Sea como quieras, respondió D. Quijote; pero, para que no incurras en error sobre el asunto, ni tengas en poco mi empresa, sábete que es más difícil vencer á un Obispo que á todos los reyes y Emperadores: porque éstos sólo tienen la fuerza de las armas, y en aquellos hay que evitar el rayo de las excomuniones.

Crevó Panza que eso de hacerle Emperador de Andorra era más realizable, á pesar de las advertencias de D. Quijote, y Panza Alegre y Pancica, que habían estado sacando los mejores manteles y disponiendo la mesa de la cena para honrar v agasajar á tan generoso huésped, y que habían escuchado en sus idas y venidas la mayor parte de la conversación, holgáronse mucho de poder salir al fin de aquella tierra mísera y de aquella pequeña labor, que no les daba para nada.

Hicieron sentar á D. Quijote á la cabecera de la mesa; Panza se puso en el lugar inferior. pidiendo antes la venia á su amo, y Panza Alegre y Pancica sentáronse á ambos lados del de la Triste figura, á quien quitaron el velmo y la celada y descalzaron la espuela, según los usos de la caballería.

Pancica se levantaba de cuando en cuando á servir al huésped, y ella trajo la olla, donde la coliflor cocida con garbanzos y algo de tocino, humeaba y saturaba de su penetrante olor el recinto.

Metió D. Quijote la cuchara de palo en la olla, sacándola colmada, y con ella suspendida

en alto, exclamó:

¡Amáble es la vida, y nunca halládola he más grata, que en aquella plática con los cabreros. con aquel puñado de bellotas en la mano, y ahora con esta cuchara llena y humeante! Y no es que yo crea que en la materialidad de vivir esté el deleite; sino que, viviendo en sanidad satisfecha, retoza libre el espíritu. Tampoco ha de entenderse que pregone que es el vivir de cualquiera manera preferible á la muerte. Vida sin honra, por ejemplo, es muerte vil del ánima é inútil funcionar del cuerpo. Muerte recibida en lucha ó palestra, peleando por la razón ó por otra alta idea, es preferible á obscura vida, que si tal caballero es que por miedo ó cobardía deja de hacer lo que conviene, más le valiera la muerte que en vergüenza quedar. Pero fuera de esas excepciones es por sí el vivir honrado cabal y extremado goce: don celeste que no han disfrutado los que no son; premio concedido á los que nacieron. ¡Alabemos á Dios que nos dió esta vida para gozarla y servirle, singularmente yo, que retorno á ella!

Y acabadas estas palabras descargó el cucharón en el plato, y luego otro y otros, haciendo un gran hoyo en el rancho, y dejando ya paso á la familia Panza para que colmara sus

escudillas.

Partióse un pan moreno en rabanadas; se ofreció al caballero además un platillo con aceitunas y otro con pimientos picantes, y enseguida se generalizó el combate contra la coliflor;

D. QUIJOTE DE LA MANCHA

emprendiendo todos también encarnizada persecución de los garbanzos, que en sus repliegues se escondían.

LA NUEVA SALIDA

Un candil colgado de un madero en su alambre, sobre la mesa, alumbraba con sus reflejos rojizos el banquete, no sin lanzar hacia arriba largo surtidor de humo que ennegrecía el techo, y un gato pardo y escuálido mayaba con zalamera suavidad, pidiendo algunas migajas.

¿Veis este gato? dijo D. Quijote; reparad en él: notad sus ojos dorados expresivos, su actitud resignada, su voz quejumbrosa. Tal vez sea algún caballero encantado que sufre bajo esa felina forma graves desdichas. Mirad y escarbad en su cabeza si tiene clavado algún alfiler de oro; porque tal vez está en eso el secreto de su encantamiento, como suele acontecer, y en sacándoselo vuelva á su estado y sér natural.

Pancica, que había oído en ciertos cuentos de hadas lo mismo, registró la cabeza del gato, y no hallóle alfiler alguno: por lo que siguió gato y no caballero, con toda su triste fisonomía.

Echáronle algunos mendrugos que comenzó á devorar afanosamente, y D. Quijote que había desocupado su plato y la mitad del de las aceitunas, quiso probar aquellos pimientos encarnados, que nadaban en aceite; pero abrasóse de tal modo la boca, que lanzóse enseguida á la jarra del agua, y luego al vino, que le estaba servido en otro jarro blanco pintarrageado.

No quiso dar á entender que aquellas guindilas le habían levantado el paladar y gaznate, para que no le tuvieran por damisela: tosió fuerte; bebió más, y pasó el escozor como pudo; pero cuando Pancica, pensando que le había gustado el manjar y que se relamía de gusto, insistió en ofrecerle otro morrón, él declinó el obsequio diciendo que guardaría aquella legumbre para cuando tuviese que entrar en batalla en la conquista del Imperio de Andorra, á fin de cobrar coraje y ardimiento, y que si ahora se acostumbraba á ella no le surtiría efecto después.

Panza Alegre y Pancica lo tuvieron por bueno y ofrecieron disponer una orza de morrones y guindillas para la próxima campaña, á fin de que siempre la llevara consigo el caballero, si le había de servir de mayor ardor y empuje en la pelea, y tomando cada cual de postre un puñado de higos secos, se acabó la cena sosegadamente.

Gracias á Dios, dijo D. Quijote, y qué bien he vantado. Tres siglos há que no comía con tanto apetito, y salvo esos pimientos poco apropósito para tiempos de paz, todo lo demás me ha caido como maná en boca de israelita. Pero antes de que se levanten los manteles tratar hemos de otra cosa. Bien sabes, amigo Panza, que vuelvo al mundo sin más que mi armadura y mi valor y ese escudo y esa lanza vieja que me ayudaste á traer. Tu buen tatarabuelo proveía antes á todo; llevaba las alforjas y me servía de escudero en mis andancias. Muerto él, he de buscar otro que le sustituya, y ninguno mejor que tú, ya que para tí va á ser el imperio de Andorra, con todas sus ciudades y metrópolis. Mi hacienda se habrá consumido en mis herederos; mi ama y sobrina son muertas; Rocinante no existirá ya tampoco, que no hay caballo que trescientos años dure, y para la empresa que he de acometer necesito por lo menos aquel palafrén llamado Babieca, que sirvió al Cid á maravilla.

Panza Alegre y Pancica que oyeron tales requerimientos, pusiéronse en alarma sospechando que aquel caballero que hablaba de insulas y batallas, de su escudero Sancho y de Rocinante, podría ser, pues mucho también se le asemejaba, el tan traído y llevado en el libro que Pancica leía á la familia en las noches de invierno, con aquellas estupendas aventuras de los molinos de viento y de los pellejos de vino. Si era así, tratábase de un loco de remate, y Panza no debía aventurarse á seguirle en sus desvaríos, ni proveer á ellos con alforjas y caballo, aunque le ofreciesen todos los reinos de Europa; tanto que quedáronse suspensas y se pusieron amarillas y demudadas, lo que fué notado por D. Quijote.

Comprendo, Señoras mías, vuestra turbación, dijo éste. Teméis por la vida de vuestro esposo

y padre sin duda, y también por la mengua de vuestra hacienda; pero no alberguéis tan ruin recelo. Yo soy el caballero D. Quijote de la Mancha, y á mi lado sólo cabe prosperidad y bienandanzas para mis servidores. Para mí serán los trabajos y cuitas, las feridas y los molimientos; para Panza sólo el botín y las ganancias, los gobiernos y las ínsulas.

¡Ah mi Señor D. Quijote! dijo Panza Alegre, si ha de ser todo eso como lo otro que se relata en el libro de vuestras aventuras, que leemos de cuando en cuando, mejor es que mi esposo renuncie á ese imperio de Andorra y á todas

las coronas del mundo.

D. Quijote dijo que ya conocía ese libro, y Panza Alegre lo trajo en un grueso tomo lleno de manchas de aceite y lo entregó al caballero, que comenzó á repasarlo, deteniéndose en los capítulos que más le llamaban la atención.

Mientras él lo hojeaba, Panza y Panza Alegre hablaban en voz baja, y Pancica estaba en pie contra el quicio de la puerta, esperando ver en

qué paraba lo de su Principado.

Nó, mujer, decía Panza á su costilla; tú no sabes de la misa la media. No iría tan mal á mi tatarabuelo con este D. Quijote, cuando nos dejó el encargo que te tengo dicho. Dijo que le sirviéramos cuando volviese á la vida, y que la fortuna llovería sobre nosotros. Ahora que se nos viene á las manos, no hemos de rechazarla.

Pero tendrás que irte á correr tierras, exclamaba semi-llorosa Panza Alegre, y Dios sabe

si te volveremos á ver con vida.

Descuida, contestaba aquél en voz queda. Así como así, yo he sido quinto; conozco las cosas de la guerra, y en esta de mi señor no he de tomar más parte que la de ver, oir y huir, cuando sea necesario.

D. Quijote, que había acabado de repasar el libro, lo echó de mal talante sobre la mesa, y

exclamó serio y contraído:

Bien, señoras mías, se me alcanza la causa de vuestra cuita. En este libro se refieren mis hazañas; pero todas en son de burla y no con severidad de cronista. Moro tenía que ser Cide Hamete Benengeli, para no haber encomiado cual

se merecen y sí desfigurado á su sabor las proezas de un caballero cristiano. Sabed que los ejércitos que dispersé no eran de ovejas, sino de valerosos campeones; y que los que acuchillé en el castillo mal llamado venta, eran malandrines y no corambres; y los que combatí á campo descubierto, gigantes y no molinos de viento. Sabed que la insula que di á Sancho fué tal ínsula, y que Altisidora prendóse de mí verdaderamente, y que de lo único de que no estoy cierto es de que aquella afligida doncella y su dueña Quintañona fuesen tales; pero la prueba de la ojeriza que aquel encantador mi enemigo me tiene y el trueque que hizo de ciertas cosas, es la muerte vil á que quiso sujetarme para deslustre de mi nombre, y el tiempo que me ha tenido encerrado en aquella cripta del cementerio. De ella libre, yo probaré que no fuí loco ni visionario, y enmendaré el juicio de las generaciones con mis nuevas hazañas, y mostraré que los locos son los que me creyeron loco á mí; de cuyo pecado á vosotras, joh Princesas!, os absuelvo: porque fuisteis inducidas á él por este libro de risa y fino sarcasmo; que si los Amadises y los Esplandianes hubieran tenido cronista igual, hubieran pasado también, no por valientes, sino por mentecatos caballeros.

Tranquilizáronse Panza Alegre y Pancica con esta explicación, y aunque con gran dolor de su ánima, consintieron en que su esposo y padre respectivo acompañase á D. Quijote á la conquista del Imperio de Andorra, para recibir

de él la corona y dominio de ese reino.

Antes que raye el día disponedme, pues, dijo Panza, las alforjas bien provistas, y todo el dinero que podáis, sin quedaros vosotras desmanteladas. Y llevando á D. Quijote á las cuadras, que á éste parecieron caballerizas reales, le enseñó un jaco peloso que podía servirle de Babieca, y eligió una mula vieja y coja para sí, echándoles buen pienso.

Ahora, á dormir, Señor mío, insinuó á su amo; que nosotros también nos retiraremos á descansar hasta el alba: y le señaló un cuarto obscuro que á la derecha había cerca del corral.

Dormid en buen hora vosotros, respondió Don

Quijote; que yo he dormido trescientos años seguidos y no tengo maldito el sueño. Seguro estoy de que en otros trescientos años no he de pegar un ojo; y dando la familia Panza las buenas noches, se retiró sosegadamente por la izquierda, á cierto camaranchón, quedando Don Quijote á la luz del candil en el zaguán midiéndolo á largos pasos.

## CAPITULO III

En que se cuenta la nueva salida de D. Quijote, caballero sobre Babieca y acompañado de su escudero.

Clareaba el día, cuando ensillado el jaco escuálido y aparejada la mula coja, montaron D. Quijote y Panza en sendas caballerías, saliendo por la puerta de la cuadra al aire libre.

Acudieron á tenerles los estribos Panza Alegre y Pancica; siguieron al lado de los ginetes, hasta la parte de afuera; retuviéronles con encargos y gemidos, lágrimas y despedidas; y, desprendidos al fin de tan pegajosos lazos, partieron á buen paso, mientras ellas alzaban los pañuelos y los agitaban, saludándoles hasta que los perdieron de vista en la lejanía.

Era la mañana alegre y fría, como suelen las de la Mancha. La tierra rojiza estaba escarchada, y el cielo de un verde claro esperaba, como lienzo de artista, que el pincel del sol dibujase tonos de aurora y rosadas nubes. El aire entumecía las manos no enguantadas de los viajeros; amoratábales la punta de la nariz, y les helaba las piernas. Así que cuando el sol se asomó tras el cortinaje de las lejanas serranías y envió su primera oleada de oro disuelto y cálido, volviéronse ambos viandantes hacia él, para darle mentales gracias por su beneficio, como si fueran Magos idólatras.

Volaban las alondras por el campo cantando al naciente día, algunas golondrinas madrugueras recién llegadas buscaban sus nidos de antaño en los aleros de los cortijos, y varias aspas de molino se agitaban cortando con sus brazos el horizonte y alzándose sobre el paisaje.